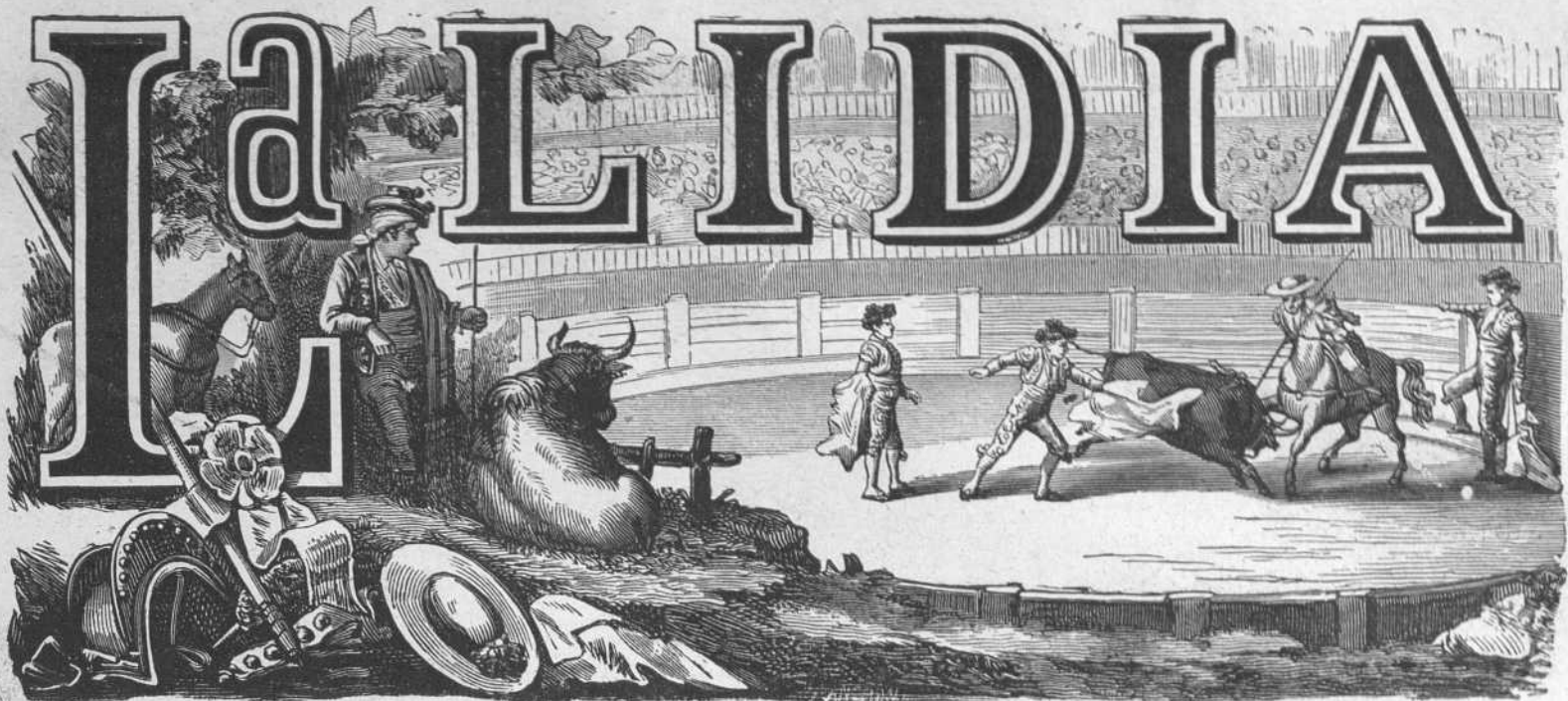


NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

## PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2.50  
No se admiten suscripciones á Provincias

## REVISTA TAURINA.

## PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios.  
Pesetas. . . . . 2,25

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

## SUMARIO.

LO QUE DEBEN VER EN LOS TOREROS LOS AFICIONADOS A LAS CORRIDAS DE TOROS.—DESDE SAN SEBASTIAN, por Don Jerónimo.—Postdata.—Advertencia.

## LO QUE DEBEN VER EN LOS TOREROS

## LOS AFICIONADOS Á LAS CORRIDAS DE TOROS.

Es tan general entre los concurrentes á las corridas de toros apreciar y considerar la bondad del trabajo de los lidiadores, según el resultado, y no según el arte de practicar cada una de las suertes del toreo, que me ha parecido conveniente apuntar, aunque sea muy á la ligera, algunas observaciones para que, haciéndose completa abstracción del éxito, debido la mayor parte de las veces al poco reparo que muchos tienen en la adopción de medios para conseguir el fin, y en otras á pura casualidad, den á conocer, como reglas fijas é invariables, cuándo es mejor aquel trabajo y debe, por lo tanto, estimarse más.

En la suerte de varas, en todas ocasiones ha de considerarse de más mérito el trabajo del picador que vaya derecho y despacio al toro, que clave la puya en lo alto del morrillo, aun sacando herido el caballo de cinchas atrás, que el del jinete que va ligero, sesgando y atravesándose, y mostrando valor desmesurado suelta la garrocha, toma, si á mano viene, la divisa y cae con el caballo, herido éste de muerte en el pecho, aunque el jinete se levante después batiendo palmas.

Será en la suerte de banderillas más apreciable, como bueno, el torero que, si no se coloca bien el toro para verificarla, se coloque él con las menos preparaciones posibles, se vaya á la cabeza, cuadre en ella y salga fresco del centro, que aquel otro torero que bonitamente llame á la res, no se vaya á ella si no se la colocan cuadrada, y fingiendo calma, ande hasta cerca de la cabeza, deje pasar ésta y clave los palos libre de cacho. El que menos tarde, el que menos cuarteo, el que más parece, el que en todas partes hallé oportunidad, ese será mejor que aquel que lo contrario hiciere. Para banderillas en todas partes hay toro.

Y en cuanto al espada ó matador, es infinitamente de más mérito el que va al toro, donde quiera que se halle, solo, absolutamente solo, que el que lo verifica acompañado de dos ó más capotes; mejor, el que, unidos los pies, coloca su pecho frente al tes-

tud y cuadra la muleta, extendiéndola en línea recta con la cadera izquierda, que aquel que, abierto de pies, y á veces encorvado, presenta la muleta—no el cuerpo—frente á la cuna; más que mejor, el que en vez de arrancar cuarteando, lo haga por derecho y por derecho salga; y superior, el que cite, espere, y reciba ó aguante, al que dé un volapié, por bueno que sea.

Yo bien sé que las masas inconscientes aplaudirán más al picador atrevido que hace matar su caballo y se levanta batiendo palmas, que al que le salva alzándole de manos; al banderillero bonito, salado y gracioso que no cuadra, que al que parando se cuida más de la verdad que de las apariencias; y que las causará más entusiasmo una media estocada en lo alto—dése como quiera—que un pinchazo en hueso, aguantando, á pié firme.

Pero de todo esto, ¿quién tiene la culpa?

El que llamándose aficionado al toreo, tiene aún más afición á las personalidades; el que por cambiar un saludo con un diestro, olvida el arte; el que juzga al torero por los actos que fuera de la plaza ejecuta, y no por los que vé en el ruedo; y el que sigue como de reata la voz de los alborotadores, siempre más en número que el de los prudentes.

Observe, pues, el espectador que quiera ser imparcial y sin apasionamiento las reglas anteriormente expuestas—que son las que se ajustan á los preceptos de Hillo, Montes, y de cuantos de tauromaquia han escrito;—y si así lo hicieren, llegarán á ser buenos y entendidos aficionados, en vez de comparsas y jaleadores de amigos, no de toreros que el nombre de tales merezcan.

## DESDE SAN SEBASTIÁN.

## ÚLTIMA CORRIDA DE LA TEMPORADA.

## Al Sr. D. Julián Palacios,

PROPIETARIO DE "LA LIDIA," ETC., ETC.

Madrid.

¡Buena corrida; buena corrida, amigo D. Julián! Si es cierto que en la variedad está el gusto, á fe que Arana se ganó ayer tarde el diploma de maestro en el arte de organizar espectáculos llenos de incidentes imprevistos, y en los cuales la monotonía de lo bueno (si es que en lo bueno cabe la monotonía), se halló deliciosamente cortada por lo cómico, lo dramático y lo feo, entreverados, por fortuna, no más que en forma muy ligera y episódica.

¡Qué cinco toros los de Aleas! ¡Qué dos bueyes los

de Gutiérrez! ¡Qué acosos en campo cerrado! ¡Qué banderillas de fuego! ¡Qué cogida la de un mono sabio! ¡Cuánto caballo muerto! ¡Cuántas botellas arrojadas á la plaza por los zulú! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué indignación! ¡Qué vocerío!

Baraje V. todo eso en la forma más abigarrada y absurda, y quizás entonces tenga idea de la función de ayer. Pero ahórrese el trabajo, que aquí estoy yo para dárselo á V. hecho y condimentado, en forma hasta cierto punto literaria, para mayor regocijo y satisfacción de los lectores de LA LIDIA, como puede verse á continuación.

\* \*

Como digo en mi anterior epístola, Rafael estaba encargado de la muerte de los seis toros que debía haber estoqueado en compañía de Salvador. Con la cuadrilla de éste, agregada á la suya, se presentó en la plaza á las cuatro y media y minutos; y en cuanto el Presidente, señor Lafitte, flameó el pañuelo de ordenanza, se presentó en la arena el primer Aleas.

Era el bicho, llamado *Gitano*, retinto claro, carinegro, ensillado, estrecho, corniabrochado, y algo bizco del izquierdo.

De Cirilo Martín y Manuel Calderón, que estaban de tanda, y de Juan Calderón, que salió de primer reserva, tomó el animal siete varas, propinó siete tumbos monumentales, mandó á la enfermería á M. Calderón, y mató cuatro caballos. La pelea fué en los tercios, y *Gitano* pasó á palos con la cabeza engallada y pidiendo faena á los piqueros; tal conservaba aún su bravura y su poder.

El Torerito salió por delante con un par, dejando pasar la cabeza; secundó Manene con otro desigual, y terminó el Torerito con uno bueno; todos ellos cuarteando. El toro tomó guapo el primer par, y se aplomó para los dos restantes.

Rafael, de celeste y oro, comenzó á pasar desahogado, con un pase natural, tres con la derecha, uno de telón, dos preparados y dos medios, tras los cuales soltó un pinchazo, cuarteando, desde lejos, precursor de otro del mismo jaez, después de un pase natural y otro de telón. El toro que estaba noble, se huyó un tanto, y se huyó también el matador, el cual, después de dos naturales, cinco con la derecha, tres de telón, dos preparados y un medio, arrojó media estocada, que hubiera sido admirable, á no pecar de caída, delantera, ida y perpendicular. Todavía hubo dos pases con la derecha y cinco medios, para un descabello á la primera.

\* \*

*Caramelo* se llamaba el segundo; castaño oscuro, ojalado, de libras, corniveleto y apretado. Salió rematando en los tableros, y demostró en seguida toda la codicia, toda la dureza y todo el poder de un toro de primera. Tomó siete varas de los de tanda y reservas, arrojó seis veces á los picadores con los caballos, mató cinco de éstos, y dió ocasión á que Rafael se luciera en una preciosa larga, rematada con todos los primores de la escuela cordobesa, de feliz recordación.

Quedado y en defensa tomaron á *Caramelo* el Regaterín y Ostión, con medio par al cuarteo y uno al sesgo que clavó Victoriano, y un par desigual, cuarteando, y otro al relance que puso Antonio, saliendo de este último trompado y con caída, sin novedad afortunadamente. (Aplausos.) El toro, embebido en el par, no hizo por Antonio.

Rafael encontró al bicho aplomado y en las tablas, y





ARRADA NOVA LIT.



tras un pase natural, seis con la derecha, uno preparado y seis medios, todos ellos movidos y despegados, dió en las tablas una estocada corta y atravesada, cuarteando, y terminó con un certero descabello, precedido de un pase natural y nueve medios.

Negro lombardo, pequeño y sacudido de carnes, abrochado y corto de defensas, fué el tercero, llamado *Perogrino*. Un rajón espantoso de Cirilo y dos recortes seguidos de Rafael, en los cuales hoció primero en el suelo y se acostó después el animal, no impidieron á éste arremeter cinco veces con bravura á los caballos, dar á Juan de los Gallos una caída de latiguillo, y dejar en el ruedo dos jacós difuntos.

El Mojino clavó dos buenos pares al cuarteo, y el Torerito par y medio, estando el bicho incierto y apurado, pero dejando meter los brazos. Cuando Rafael tomó los trastos, *Perogrino* no podía con el rabo. El matador quitó de penas á aquella pobre mona, con media estocada atravesada y delantera, cuarteando, y un descabello al segundo intento. El toreo de muleta se compuso de un pase natural, tres con la derecha, uno de telón, uno preparado y diez y seis medios pases.

Ocupó el cuarto lugar un toro retinto oscuro, de libras y buena estampa, algo recogido de cara y de cuerna, escobillado del derecho, bravo y de poder, llamado *Cigarrero*. Se arrió á los piqueros seis veces, dió cuatro caídas, mandó á la enfermería al Juanerito, y dejó en el ruedo tres caballos.

Pepín arrojó par y medio á la media vuelta, y Regatérin dejó un buen par cuarteando, estando guapo el toro, que acudió también guapo á la muleta de Rafael. Este despachó á aquella babosa, digna de mejor muerte, con media estocada atravesada, y una estocada corta, ida y colgada del lado contrario, cuarteando muchísimo en ambas. Los pases fueron treinta y dos de todas clases, y en su mayoría malos, con acompañamiento de un desarme.

Gran toro el quinto! Se llamaba *Caballero*, y lo fué en toda la extensión de la palabra. Era el animal retinto albardado, de muchas libras y buena estampa, bien armado, astifino, duro, de recargue y de poder. No tomó más que siete varas, no dió más que siete caídas, y no mató más que siete caballos, la mayoría de ellos completamente deshechos.

Después de esta soberbia pelea, se dejó colgar dos pares y medio malos, de Manene y el Torerito, y murió á manos de Rafael de una estocada hasta la mano, atravesada y caída, á volapié, después de dos naturales, tres con la derecha, dos de telón, cuatro preparados y cinco medios, y un certero descabello, precedido de tres naturales, uno con la derecha y diez medios pases. Lagartijo brindó este toro á Elena Theodorini, que ocupaba un palco de sombra, y recibió de la diva un riquísimo broche compuesto de un zafiro voluminoso, rodeado todo de brillantes. (Ovación y la oreja.)

Con el quinto toro de Aleas terminó el drama y comenzó un sainete en dos actos. El primer acto tuvo dos escenas; la primera á cargo de un morucho de Gutiérrez, que huyó de todo bicho viviente, y ejecutó cabriolas y otros excesos coreográficos, saltando entre un diluvio de botellas que al redondeo arrojaron los zúlds; y la segunda que podría titularse: dichos y un buey, entre el morucho precipitado y un apreciable manso que salió para arroparlo, sin poderlo conseguir.

Aquí el espectáculo presentó una extraordinaria variedad. Un mono sabio fué perseguido por el morucho, y se tiró al suelo, rebotando la cabra por encima, y siguiendo su viaje sin novedad. Salieron los picadores, y hubo acoso á caballo levantando, palos y botellazos que el morucho y el buey se repartieron por igual; encallejonomientos; saltos desde la plaza al callejón y desde el callejón á la plaza; verónicas del Torerito al buey mítis, á su aire del morucho; emperramiento del buey en quedarse en el ruedo; nuevo acoso por un picador, dos picadores, tres picadores y cuatro picadores; gritos, imprecaciones, aplausos, silbidos, carcajadas...

La *juerga* terminó cuando el buey, cansado de torear á la gente, en vez de ser toreado por ésta, arremetió con la puerta del chiquero, y desapareció al fin tranquilamente.

Cerró plaza otro morucho de Gutiérrez, algo menos morucho que el anterior; negro listón, bragado, meano y girón, cornicorto y vuelto y manso.

Tomó de refilón y rebrincando, tres varas, y fué condenado al fuego eterno, tostándole las carnes Ostión é Isidro, con dos pares y medio.

El Torerito, de carmesí y plata, tomó los trastos por cesión de Rafael, aprobada por la Presidencia, y mató al buey, dándole un pinchazo sin soltar y media estocada alta, que Rafael ahondó dos veces con el capote, todo ello á paso de banderillas, y precedido de diez pases, vamos al decir.

RESUMEN.

Los toros.—Una corrida de toros superior, pensó superior de verdad, en lo que respecta al ganado de Aleas, hoy hijas de Puente López. Fijense los lectores en la rese-

ña, y digan si es posible que se corran cinco toros tan bravos en el primer tercio, tan iguales y tan de poder. El segundo y quinto son de los que acreditan á una ganadería. De carnes no estaban, en general, muy allá; y hago notar la circunstancia, porque resulta elogio para el ganado.

Los toros que se aplomaron en el segundo tercio y en la muerte, no trajeron nada de cuidado; dejaron llegar perfectamente, aunque se agarrasen al piso. Conviene advertir que se castigaron á sí mismos, mucho más que los castigaron, porque en cuanto metían la cabeza, se cebaban y romaneaban á los caballos con una codicia y un poder brutales, perdiendo así más poder que con los puyazos. Algunos caballos, muy pocos, murieron de refilón, y uno en colada suelta; pero los demás quedaron materialmente hechos pedazos.

Vamos al escándalo del toro de Gutiérrez. ¿Tuvo razón el público? Sí y no. Sí, juzgando la cosa desde un punto de vista absoluto, y no, juzgándola desde un punto de vista relativo, que es como debiera ser juzgada. El morucho era pésimo, era buey, y formaba contraste poco tolerable con los magníficos toros de Aleas; pero precisamente por la bondad de éstos, debió el público haber dejado pasar el manso de Gutiérrez, porque en todas las plazas se queman bueyes, y en muy pocas con acompañamiento de cinco Aleas como los que ayer se jugaron en la plaza de San Sebastián. ¡Si se hubieran corrido en la de Madrid, los buenos aficionados hubieran tocado las palmas al sexto toro, aunque hubiera sido un perro de aguas! ¡No ya los precios de Arana, sino más elevados pagaríamos los aficionados de Madrid, si nos dieran cinco toros; lo repito, y repetiré mil veces, como los Aleas de ayer!

**El Empresario.**—Que Arana hizo mal en no completar la corrida, pase. Pero no merece alguna consideración el Empresario que en las provincias del Norte se ha arriesgado á dar corridas de toros en tiempos de epidemia, en que todos los Empresarios se acoquinan y suspenden el espectáculo?

Pónganse en un lado de la balanza las faltas que Arana haya podido cometer este año, y pónganse en otro las circunstancias en que se hubiera encontrado San Sebastián sin corridas de toros, cuando la calumnia vil se ceba en la hermosa capital de Guipúzcoa, y dígame con lealtad si el hombre que presta á esta ciudad animación y vida extraordinarias, es digno, en la actualidad, de la menor censura.

Censuren otros en hora buena, que yo, por mi parte, no he de seguir á nadie por el camino de la injusticia; y permítaseme decirlo, de la ingratitud. Ha habido, en suma, este año una buena corrida; la de los toros de Martínez, que estoqueó Mazzantini, y una corrida superior, de las que se guardan en la memoria: la de ayer tarde. Ha habido, en cambio, ocho bueyes de D. Fernando Gutiérrez, y la desgracia inapreciable para los buenos aficionados, de no haber toreado Salvador. Como esta circunstancia es independiente de la voluntad de Arana, quedan á su cargo los susodichos bueyes de Gutiérrez, y en descargo suyo, dos corridas que han entusiasmado al público.

Quien después de esto, y teniendo en cuenta la situación del país, crea que Arana ha engañado al público, juzga de mala fe, ó está poco acostumbrado á ver corridas de toros.

Vamos á los lidiadores, y empecemos por el protagonista, por Rafael.

**El matador.**—Lo que voy á decir de Lagartijo me concitará las iras de sus fanáticos adoradores. Me tiene sin cuidado; hay que decir la verdad, duela á quien duela, y en este caso la verdad es tan evidente, que sería verdadero acto de injusticia y de cobardía callarla ó atenuarla.

Rafael Molina ha demostrado en San Sebastián lo que viene demostrando hace algún tiempo en todas partes, que no quiere toros; porque el matador que no se arrima á ellos y arranca de lejos y cuarteo el brazo y cuple de mala manera, da á entender que su deseo es salir del paso sin peligro alguno, perdonando todo lucimiento y prescindiendo de toda conciencia, con tal de quitarse del medio al enemigo, y cobrar tranquilamente los cuartos.

Es triste decirlo, pero hay que decirlo, porque es la pura verdad.

Un frenético admirador de Rafael, cuyo nombre no me atrevo á citar por lo mucho que mortificaría la cita al célebre matador, me decía recientemente:

—Me he desengañado. Rafael sabe que la idolatría del público llega al extremo de perdonarle cien muertes detestables, con tal que se arranque á matar de verdad una ó dos veces. Seguro de este cariño ciego, Lagartijo espera que un toro reúna las condiciones todas que él apetece, para confiarse completamente, y matar como deben matar los grandes matadores. Y como el público le compensa en dos ovaciones las faenas deplorables que hace generalmente, va adelante, y consigue en la muerte de dos toros lo que sus compañeros tienen que alcanzar á fuerza de inteligencia y de valor constantes.

El aficionado tiene muchísima razón. Ese es hoy Rafael, y esas y no otras son sus miras.

—A mi no me coge ningún buey—exclama cuando mata mal,—es decir, casi siempre. Y como esta frase indica claramente que para matar bien Rafael, necesita babosas ideales, resulta que toda su maestría, como matador de toros, consiste en confiarse y estrecharse, y lucirse con las babosas ideales.

Ayer estoqueó cinco toros de Aleas bien colocados, nobles, que acudieron perfectamente, y que sí se aplomaron en alguna ocasión, nada, absolutamente nada trajeron

de cuidado. Y, sin embargo, ¡Rafael *atravesó* á los cinco! Ni una vez arrancó ceñido; ni una vez dejó de cuarteo horrorosamente; y si en el quinto metió el brazo con coraje, salió rebozado con el toro, á pesar de ser la estocada caída y atravesada. Fijense los lectores en esta circunstancia; fijense en que un matador que hiere caído y atravesado, es decir, libre de cornada, sale medio tropicado, no más que por meter el brazo con coraje, y digan dónde tiene ese matador la mano izquierda. ¿Dónde? En ninguna parte. ¿Y para qué? ¿Para qué necesita Rafael la muleta? Para nada. Cuando se hiere cuarteando, basta y aun sobra un papel de fumar en la mano izquierda. Así mata Rafael, de cien toros, noventa y ocho; y así terminará su carrera, mientras los buenos aficionados se tapan la cara por no verlo, y los *bebés* y los ilusos siguen llamándole maestro, con acompañamiento de ¡olé mi niño! y ¡viva Córdoba! y ¡bendita sea tu madre! y otras exclamaciones por el estilo.

Bien sabe Dios que al expresarme así, lo hago con dolor profundo, porque yo he admirado y admiro aún en muchas cosas á Lagartijo mucho más que los ignorantes que lo conocen de ayer y le tocan las palmas, haga lo que haga, y hágalo como se le antoje.

Pero le critico acerbamente porque no tiene disculpa que quien cuenta con una consideración inverosímil, abuse de ella, y dé á entender que el público es la última palabra del credo. Y sobre todo, porque es triste, muy triste, que un matador de toros de primer orden, que ha conquistado un nombre indiscutiblemente glorioso, empañe deplorablemente en el ocaso de su carrera, timbres conquistados legítimamente en admirables lides. Hoy por hoy, el matador de toros no existe en Rafael Molina Lagartijo, sino á título de contadísima excepción. Queda, sí, el capote precioso, adorable, ideal; queda la elegancia innata é inconsciente; queda el inmenso banderillero.

Lo digo con la profunda convicción de quien juzga las cosas sin pasión ni saña; de quien ama la verdad y arrostra por ella todo linaje de contrariedades. Y ahora, vengan anónimos, vengan insultos, caigan sobre mí los odios y las imprecaciones de los lagartijistas. Todo lo resistiré con paciencia; callaré á todo, y sufriré el aluvión, como he sufrido otros por la misma causa.

Mi supremo orgullo sería desdecirme mañana de lo dicho hoy, obligado por un cambio radical de Lagartijo. ¡Con qué placer cantaría yo entonces la palinodia! ¡Ojalá sea pronto!

Amigo Palacios, ¿qué revista tan larga, eh? Concluyo antes de que el público, V. y los cajistas, me manden á todos los demonios. Ya que fuera de Rafael, no hubo en la corrida de ayer, con respecto á los lidiadores, nada digno de especial mención; me despido sin más, hasta la próxima segunda temporada de Madrid, para la cual me preparo ya convenientemente con ayunos y otras penitencias, no haga el diablo que vaya uno á morir, cuando menos lo piense, á mano de los feroces lagartijistas.

Grito con éstos ¡olé mi niño! y ¡viva Córdoba! para que me tengan en su guarda; y á V. le grita ¡ahí va un abrazo! su siempre afectísimo amigo

DON JERÓNIMO.

San Sebastián 16 de Agosto de 1885.

P. D.—Después de escrita y remitida á LA LIDIA la revista anterior, llega á mis manos el número correspondiente al lunes 17, en el cual se halla inserto el telegrama de San Sebastián, dando cuenta sustancial, como prometí hacerlo, de la corrida del 15.

En ese telegrama he leído con grandísima sorpresa la siguiente frase:

—Rafael bien; gran ovación en el quinto toro, que brindó á la Theodorini.

Declaro ante los dioses inmortales, que mi telegrama decía textualmente:

—Rafael ovación quinto toro, que brindó á la Theodorini.

El telegrama, por tanto, ha resultado adornado por mano ajena. Conste que la mía escribió otra cosa.

La aclaración es de importancia para que no aparezcan contradictorios el telegrama y la revista.

D. JERÓNIMO.

ADVERTENCIA.

A petición de gran número de lectores que no pudieron adquirir en el pasado año el retrato del diestro Mazzantini, pues se agotó el número á los dos días de publicado, daremos el LUNES un número extraordinario con el retrato de cuerpo entero del referido diestro, ejecutado por nuestro especial artista Sr. Perea.